EL LENGUAJE DE LA AUSENCIA

CONSUELO HERNÁNDEZ CARRASCO
Catedrática de Bachillerato. Alicante.

Como complemento a mi publicación anterior, *El significado de la ausencia* (109-17), se trata aquí de revisar parte del abundante léxico referido a tal concepto y seguir comprobando, como en el caso anterior, que el valor ausente o negación en la terminología lingüística tiene tanto significado como el valor presente.

En efecto, existe una nutrida lexicografía en torno al lenguaje de la ausencia, de lo no expresado, de lo inefable o de aquello que se dice a medias, en ese límite casi imperceptible entre el pensamiento y la palabra pronunciada, así como los términos relativos a la negación rotunda, a la negación sin ambigüedades. En primer lugar, el adverbio *no*, palabra clave en la negación, y sus equivalentes en contenido semántico *negar, nadie y nada,* los cuales conllevan una denotación real de ausencia en cualquier contexto. Se puede citar a propósito *El Gran Poema de Nadie,* del poeta-artista Dionisio Cañas, en el que, juntando palabras al azar por parte de muchas personas anónimas, construye un poema impersonal de todos y de nadie, en el que es más interesante la realización que el propio texto. Es como un experimento anónimo sin autoría concreta.

Igualmente, el anonimato empleado para rebajar y humillar tiene una fórmula cuando se habla de *Don Nadie,* para designar a individuos carentes de categoría social o económica; o la frase popular *No somos nadie*, usual en el contexto de la desgracia o muerte de alguien, aludiendo claramente a la fragilidad del ser humano.

Sobre el contundente verbo *negar,* recuérdense aquí las sabias palabras del filósofo Émil Michel Cioran cuando dice en su libro *La tentación de existir*: "Para otros, acostumbrados a la negación, afirmar exige un esfuerzo contra sí mismo… No hay nada como *negar* para

emancipar el espíritu. Pero la negación […] una vez adquirida, nos aprisiona" (189). Viene a decir que conviene vigilarse para "sustraerse al contagio de la *Nada"*.

A propósito de la *Nada* frente al *Todo*, volviendo a Cioran y a sus inquietantes y enigmáticas sentencias, que nos traducen la desesperación existencial: "Y esa *Nada*, ese *Todo* no puede dar un sentido a la vida, pero la hace al menos perseverar en lo que es: un estado de no-suicidio"; o la desesperanza: "He detestado los mediosdías y las mediasnoches del planeta […] He buscado la geografía de la *Nada*, de los mares desconocidos y otro sol[…]" (*Breviario…* 59, 129). Por otra parte, Leibnitz trata de la dialéctica entre Dios y la *Nada* como símbolos de la presencia y la ausencia. En esta dualidad, la ciencia teológica consideraría que Dios es todo Presencia.

Otro valor considerable del término *nada* se manifiesta cuando paradójicamente engloba al *todo*, a un conjunto de causas que producen o desencadenan un resultado catastrófico. Sirvan de ejemplo los versos de Quevedo:

> Y esa *nada* ha causado muchos llantos
> y *nada* fue instrumento de la muerte,
> y *nada* vino a ser muerte de tantos. (*Sonetos* 83).

En la línea de la filosofía existencialista recordamos el título emblemático de Jean- Paul Sartre "El Ser y la *Nada"* donde expresa que la "nada mora en el seno del ser como un gusano". Y denomina *negatidades* a las diversas clases de realidades marcadas por la negación como la ausencia, las distancias, la repulsión… Todas ellas son, según él, *inexistencias*.

Así también, distingue dos regiones del *ser*: "El ser-en-sí" (es "lo que es") y el "ser-para-sí" (es "lo que no es"), que determinan su famosa fórmula. Ambos planos son llamados "El Ser y la *Nada"* (261). Como grado máximo de la negación total, es oportuno citar el *Nihilismo* como el estado de la ausencia del sentido o desvalorización de los valores más elevados, según la concepción de Nietzsche.

Dos títulos de novelas, analizadas por Rafael del Moral, aluden al mismo término negativo: *Nada,* de Carmen Laforet, como clave de la posguerra española, en la que su protagonista ve reducirse a *nada* sus vivencias en medio de un ambiente sórdido de una sociedad degradada. Así también, la novela corta de Miguel de Unamuno *Nada menos que todo un hombre*, en la que se analiza la fuerza brutal de la voluntad del protagonista. El título, con el valor ponderativo de *nada,* sin duda es

irónico porque el personaje, lejos de ser íntegro, es despótico y negativo (Moral, *Enciclopedia…* 375, 630).

En el nivel coloquial conviene señalar varios ejemplos como la popular frase *no somos nada,* referente a la fragilidad del ser humano respecto a la ausencia de salud, de fortaleza o de vida en este caso. Asimismo, la expresión *no he dicho nada* en tono evidente de reproche tras una discusión inoportuna; o bien, ante riñas o enfados entre interlocutores, responder a las preguntas "¿qué pasa?" o "¿qué ocurre?" con un contundente *nada*, cuando claramente se oculta un *todo* de negatividad que quiere disimularse en ese momento. Se trata de un soporte conversacional utilizado como respuesta rápida que, en ocasiones, se anticipa a una explicación. En tal caso equivale a "mucho".

Veamos ahora la negación de negaciones, el rotundo *No*. Merece destacarse el uso del *no* cuando precede a sustantivos para expresar paradójicamente un concepto positivo, tales como *la no violencia, la no participación, la no injerencia…,* todos ellos ejemplos evidentes de anglicismos en español, paralelos a expresiones como *no problem* o *no comment*. Asimismo, el *no lenguaje* o lenguaje interior, tratado en ocasión precedente en el mencionado trabajo, en el cual, junto a todo aspecto relativo al silencio, se contrapone al lenguaje verbal. Siguen en esta línea casos como el *no yo* de Hegel y el *no origen* de Nietzsche, o bien la eterna cuestión planteada en el *ser o no ser* de Hamlet, como resumen de un dilema vital en la existencia humana.

Resalta igualmente el original título "Los no lugares", correspondiente a un ensayo del antropólogo Marc Augé, en el que desarrolla la tesis de que la impersonalización y el anonimato son objeto de estudio en esos lugares de tránsito como los aeropuertos, las estaciones y otros similares en los que el ser humano parece diluirse en su pequeñez frente a espacios inmensos recorridos por cientos de personas desconocidas. La sensación que transmiten esos *no lugares* es la de sobrecogimiento y desolación (84).

Como ejemplo drástico para este caso, de nuevo las palabras de Cioran llaman la atención en su búsqueda de un *no-hombre* cuando dice: "Acabé por comprender el despotismo de la especie y por no soñar más que con un *no-hombre*, con un monstruo que estuviese totalmente convencido de su *nada" (Breviario…* 211*).*

Por analogía con estos casos, se han popularizado a través de los medios de comunicación expresiones coloquiales tales como *el viaje* o *no viaje*, *la reunión* o *no reunión, el libro* o *no libro*, que parecen una muletilla lingüística más que una negación en sí, dado que se pronuncian

simultáneamente la afirmación y la negación, reflejando así la inseguridad o la falta de información.

Destacan también los usos de la voz no con valor ponderativo, recurso mediante el cual el hablante logra mayor énfasis, al dar la impresión al oyente de que hay algo más que decir y no se quiere o debe expresar. Esto se puede ejemplificar con frases como: ¡no te quiero contar!,¡ no te voy a decir! o ¡no te digo más!, con evidentes signos de exageración en lo supuestamente referido.

Otro término de interés en este análisis es la propia voz ausencia, palabra connotativa al máximo, cercana al mundo interior, a la intimidad. Ausencia, aplicada a personas o sentimientos, genera el llamado mal de ausencia, equivalente al verbo "añorar" o al "extrañar" del español de América, tan expresivos de la nostalgia por lo perdido o lo lejano, semejantes a la "saudade" portuguesa o a la "morriña" gallega. Mención especial merece la denominada en Psiquiatría crisis de ausencia o alteración breve de la función cerebral, debida a la actividad eléctrica anormal del cerebro.

Equiparable a estos conceptos resulta la expresión popular *guardar la ausencia*, que significa respetar con fidelidad la ausencia de alguien. Así también, *el dolor de ausencia* por la pérdida definitiva de un ser querido. Como ejemplo literario puede citarse el luto de las hijas de la protagonista en *La casa de Bernarda Alba*, de García Lorca, luto riguroso por la *ausencia* del padre muerto.

Un caso interesante viene representado por la sensación de dolor por la *ausencia* de miembros amputados por enfermedad o accidente. Hay que recordar a propósito la novela *La fuente de la edad* de Luis Mateo Díez, en la que se refiere la extraña ficción literaria de la "Peña de los lisiados", los cuales se reunían con Orestes, un monstruo imaginario formado con los miembros *ausentes* que faltaban a cada uno de los personajes mutilados de la tertulia.

Bellísimos ejemplos literarios en boca del poeta Miguel Hernández se suman a este análisis. En su *Cancionero y Romancero de ausencias*, escrito en su etapa carcelaria, manifiesta de forma vehemente la añoranza de su familia y su entorno cuando dice: "*Ausencia* en todo veo […], *ausencia* en todo escucho, *ausencia* en todo siento" (179).

O también las palabras de Pablo Neruda: "Me gustas cuando callas porque estás como ausente", relacionan el silencio con la ausencia. En otro poema suyo, precisamente titulado "La ausente," parece que ausencia y presencia comparten espacio a través del pensamiento (37, 174).

Por otra parte, la dedicatoria de Mercedes Salisachs en su novela *El volumen de la ausencia* es muy sugerente. La autora la refiere en una entrevista periodística en el diario ABC (3-Junio, 1.983) al decir: "Yo dedico el libro a todas las personas que sufren de ausencia, ese río de esperanzas inútiles que nunca encuentran el cauce que las lleve hacia el mar".

Otro caso similar en el ámbito literario lo ofrece el poema "Ausencia" de Jorge Luis Borges. Es un lamento resumido en los versos: "¿En qué hondonada esconderé mi alma para que no vea tu ausencia?" (44).

A veces, la voz ausencia cuenta con otro significado, el de desequilibrio o desestabilización. Puede apreciarse con un ejemplo de Gabriel Miró en su obra *El humo dormido* cuando un personaje, don Jesús, le dice a su contertulio, el canónigo, que ha perdido la tabaquera: "Usted no quiere la tabaquera; lo que usted quiere es encontrarla. Nos mina y nos socarra esta sensación; y de repente, se hace la claridad en torno a nosotros, y la cosa extraviada se nos aparece muy tranquila esperándonos" (113).

Además de éstas y tantas otras expresiones de la lengua española, para indicar contenidos ausentes, nos fijamos en casos en los que la suma de ausencias contiene el resultado deseado. En este sentido, Leandro Fernández de Moratín en una carta de su "Epistolario", haciendo gala del humor inteligente, expresa lo siguiente: "No me duele nada, no tengo hambre, nadie me insulta ni me zurra, no debo un cuarto, no estoy desnudo: en suma, estas negaciones componen las delicias de mi vida" (1.324). En esta cita, todo lo aparentemente negativo, todo lo que no se tiene o está *ausente* da como resultado el bienestar. Caso parecido lo ofrecen las definiciones negativas, donde *lo que no es* se convierte en el concepto definido. Vienen a propósito las palabras del poeta surrealista Louis Aragon cuando alude a que el humor no es un farol, no es una filosofía…; o el título "Esto no es un libro," de Keri Smith, una especie de libro en blanco con sugerencias al lector para hacer experimentos de imaginación.

A propósito de humor, citamos uno de los "Humoremas" o frases ingeniosas del libro así titulado del autor Antonio López Cruces relativos a este concepto de la *ausencia*: "La falta de árboles impedía ver la ausencia de bosques" (58).

El concepto de *ausencia,* como el término más representativo en este trabajo, queda resumido con la definición del filósofo Enrique Pajón Mecloy: "Lo ausente es aquello en lo que se piensa, pero no se percibe […], aquello que permite imaginar y concebir aquello que no está" (s.p.).

Entre otras palabras que indican privación, separación, ausencia en definitiva, figura la preposición *Sin,* tanto en la lengua cotidiana como en la ficción poética. Así oímos *los sin techo, los sin papeles* o los numerosos *sin* en la moderna nutrición, con los que la publicidad trata de transmitir las cualidades supuestamente saludables de los productos precedidos de esta preposición, com*o sin cafeína, sin alcohol,* o *sin conservantes.*

Otras fórmulas como *sin palabras*, *sin comentarios* o similares son negaciones ante un mensaje previamente entendido, o bien se emplean para dar al interlocutor muestras de disconformidad o ironía. Valores más comunes de la partícula *sin* son los significados de separación o ruptura en expresiones del tipo *estar sin familia* o *estar sin amigos.*

Ejemplos literarios figuran en títulos como *El hombre sin atributos* del austríaco Robert Musil, referente al hombre sin cualidades; o también *Juan sin tierra,* novela de Juan Goytisolo, en la cual el protagonista se presenta como un personaje (el narrador-autor) sin pasado y sin patria.

En la línea filosófica oriental, se registra el curioso concepto *vivir sin cabeza*, en el que Douglas E. Harding nos refiere la experiencia "Zen" de la vía sin cabeza, cuya interpretación alude a estar libre de uno mismo o estar libre de la mente.

Un abundante sector de palabras indicativas de ausencia, como sinónimo de privación, está representado por las precedidas de prefijos negativos como des- (deshonor, desleal, destronado…); in- (incierto, incapaz, inútil…); anti- (antinatural, antisocial…); a- (amoral, atípico, amorfo…).

El prefijo –a tiene un valor diferente en el término *aliteratura*, creado por Claude Mauriac. El propio autor dice que la –a inicial de tal palabra, en lugar de indicar una carencia, designa una cualidad. Se citan directamente sus palabras:

> La *aliteratura* (literatura liberada de las facilidades que ha dado a esta palabra un sentido peyorativo) es una meta nunca alcanzada […]. La *aliteratura* evita degradarse en literatura, pero cae en el exceso contrario […], llegando al silencio de Rimbaud, a la página en blanco de Mallarmé, al grito inarticulado en Artaud […] que sumamos al resto de ausencias (15-6).

En este análisis no puede olvidarse el *cero* como sustantivo clave en esta terminología. Como signo representativo de la ausencia, del vacío, esta cifra, visiblemente perfecta por su redondez, es siempre imprescindible.

Destaca por su falta de valor en las ciencias matemáticas, salvo a la derecha de cualquier número, en cuyo caso significa presencia y su valor puede aumentar hasta límites incalculables y, si figura a la izquierda, también es útil para rellenar espacios digitales. Como punto de partida, queda atestiguado en expresiones como *partir de cero,* que significa partir de la ausencia para llegar a la presencia, ya sea de conocimientos, metas o logros de cualquier tipo; o bien, esta otra muy popular: *un cero a la izquierda,* que califica despectivamente e indica la falta de interés hacia alguien de diferente escala social o intelectual.

Otros valores del cero son: el cero académico como penalización a la nula preparación o rendimiento en los conocimientos exigidos en cualquier nivel de estudios y en otro contexto, una nueva alusión corresponde a la llamada fila cero, que designa una serie de asientos en locales de espectáculos reservada para donativos especiales con fines benéficos generalmente.

Se dice también que no existe riesgo cero en Medicina o Cirugía, dando a entender que ningún proceso patológico está exento de peligro.

Recordemos la acción cero indicada por el lingüista Charles Bally, que sugiere la idea de contenido ausente y que puede aplicarse al silencio, capaz de expresar a veces múltiples sensaciones que el lenguaje oral sería incapaz de traducir.

Umberto Eco, gran experto en Semiología, viene a decir que el significado literal de las palabras sería el grado cero, es decir, la denotación real frente a la metáfora o significado figurado, que representa la connotación o interpretación más libre de las palabras (*Los límites*… 199).

Tras esta mención del *cero* en lingüística, este concepto ha servido también de inspiración a poetas. Es el caso de Pedro Salinas, que en su extenso poema "*Ciudad cero"* nos transmite la tragedia de una ciudad arrasada después de una explosión bélica (139). O esta otra cita de Antonio Machado del poema 35 de sus "Proverbios y Cantares,"

> Ya maduró un nuevo *cero*
> que tendrá su devoción;
> un ente de acción tan huero
> como un ente de razón.

Estos extraños versos sugieren la imagen del *cero* como un concepto vacío de contenido, en la línea de los enigmas y adivinanzas expresados en otros de sus "Proverbios" (132).

Los términos *vacío, hueco, agujero* son palabras pertenecientes al campo semántico de la *vacuidad,* de la carencia o ausencia de contenido. Confróntese *vacío existencial* en Filosofía, *agujero negro* en ciencia o el *blanco* con valor metafórico en ejemplos como *los versos blancos* o vacíos de rima de la poesía contemporánea u otros usos como *voto en blanco* o *voto vacío* para no expresar el nombre en cualquier tipo de elección. También es interesante aludir a la *hoja en blanco* o vacía de letras y al concepto de *verso vacío* o verso que quiere llenarse y no puede a falta de un poeta, según la poetisa mejicana Patricia Ferreyra.

Y el muy coloquial *estar sin blanca* o carente de recursos económicos, así como *la mente en blanco* o libre de pensamientos a través de las técnicas de la meditación. O *quedarse en blanco,* igual a sentirse sin conocimientos, ideas o en estado de mudez ante una prueba difícil o un fuerte impacto.

Se añaden los conceptos de *vacío legal* para indicar la falta de disposiciones legales y *vacío de poder*, alusivo a algún período de transición en que falten dirigentes en cualquier institución.

El vacío existencial en filosofía aparece ejemplificado con gran precisión en palabras del filósofo Cioran cuando dice: "¡La cantidad de vacío que he acumulado, conservando al mismo tiempo mi estatuto de individuo! ¡El milagro de no haber reventado bajo el peso de tanta inexistencia!" (*Breviario*… 48).

Por otra parte, el concepto de *horror vacui* en Física, derivado de la opinión de los aristotélicos de que "la naturaleza aborrece el *vacío,*" lo testifica Pascal cuando confiesa que le llena de terror el eterno silencio de los espacios infinitos.

Respecto al *vacío espacial,* nos ilustra la exposición de pintura de Jesús Rivera, con el título de "Una poética crítica de los *espacios vacíos",* ante los cuales dice en el catálogo correspondiente: "Persigo descubrir este espacio deshabitado donde surge el paisaje y a veces el paisaje que me lleve a otro lugar en silencio" (5). A propósito de esta cita, recordemos también la frase de otro pintor, Francis Bacon: "Nada es más vasto que las cosas *vacías*".

La representación del vacío la proyecta magistralmente en su pintura metafísica Giorgio de Chirico, con amplias plazas desiertas, en un ambiente sobrecogedor y enigmático, interrumpido sólo por la presencia de estatuas y maniquíes como visiones de un sueño. Ejemplo de esto puede comprobarse en su magnífico cuadro "Las musas inquietantes".

Siguiendo con el concepto de *vacío*, resulta intrigante el título "El cementerio *vacío,*" del último libro de Ramiro Pinilla, quien afirmó en una entrevista radiofónica que "los cementerios costeros están *vacíos*

porque los inquilinos se escapan para vivir la eternidad", una fantástica cita tanto por su significado como por su extraña belleza.

Otra acepción del *vacío* figura en las voces *hueco* o *agujero* por representar la carencia de contenido. La metáfora *cabeza hueca* apunta a la falta de lógica o sensatez del individuo más que a la *ausencia* de conocimientos y el *agujero negro* en ciencia, en el que la gravedad es tan intensa que ni la luz puede escapar de él, nos sugiere un enorme e inquietante vacío. Por otro lado, viene a propósito la idea de poema que tiene el poeta Ángel Valente cuando afirma que "las palabras crean *espacios vacíos agujereados, cráteres vacíos.* Eso es el poema". Es muy posible que se refiera a una curiosa correspondencia entre palabras y silencios, porque efectivamente las palabras requieren espacios libres para situarse (Domínguez, *Limos…* 182).

En definitiva, el *vacío,* en cualquiera de sus manifestaciones, empequeñece al individuo, lo reduce a su ser indefenso y frágil ante la inmensidad sin límites que no puede dominar.

Asimismo, merece una mención el término *olvido* que, según Antonio Gala, parece que la vida es un equilibrio entre el recuerdo y el olvido.

El *olvido*, como ausencia de recuerdos o cocimientos adquiridos, tal vez sea una de las más significativas voces del "léxico ausente". El olvido puntual o casual de datos, fechas o nombres se califica como "lagunas de la memoria" y se le concede escasa importancia. No así cuando roza y llega a la temida patología de la amnesia y el mal de Alzéimer. Como contrapunto, el *olvido* como terapia para traumas o impactos recibidos en situaciones límite es objeto de técnicas de psicoterapia. Y el *olvido,* provocado con otros fines de evasión y del todo insalubres, lo producen el alcohol y las drogas con sus efectos alucinatorios.

El *olvido* involuntario se relaciona con la expresión popular *caer en el olvido* y su justificación correspondería a esta otra frase "si quieres recordar, no dejes de olvidar", que contrarresta el conocido aforismo "el saber no ocupa lugar".

El *olvido,* al fin, es un mecanismo de defensa ante situaciones o contratiempos que dañan la salud; tiene, no obstante, su réplica en expresiones como "perdono pero no *olvido,*" en las que el sujeto parece no querer librarse del rencor por el daño sufrido.

Como ilustración literaria por contraste, es oportuno citar el cuento de Borges titulado "Funes el memorioso", en el que el protagonista, tras sufrir un accidente ecuestre, queda dotado de una memoria extraordinaria, contrariamente al proceso habitual de pérdida o

merma de la misma por causas traumáticas en general. De ahí, el original apelativo de "memorioso" (485-90). Otra referencia se halla en la acertada reflexión de García Márquez cuando dice que "la muerte no llega con la vejez, sino con el *olvido"*.

Siguiendo con el *léxico ausente,* recordemos expresiones populares de carácter hiperbólico como *tiene un no sé qué* o *lo tengo en la punta de la lengua*, indicativas respectivamente de ahorro de palabras para caracterizar a cualquier ser o describir cualquier situación o la falta de memoria o ignorancia de aquello que se quiere decir. Del mismo modo, las frases hechas que recoge Julio Casares en su *Diccionario ideológico* como *sin rechistar, dar la callada por respuesta, oír, ver y callar, punto en boca, a la chita callando…,* todas ellas con la finalidad de evitar la expresión de inconveniencias. De parecido significado es el conocido tópico *correr un tupido velo,* que disimula u oculta algún suceso del que no se quiere o no se puede hablar. Así también, hay que señalar las negaciones reforzadas, *ni hablar, ni una palabra,* o la metafórica *ni lo sueñes,* dando por hecho que no se desea hablar más de aquello que las provoca.

Conviene tener en cuenta, además, lo no dicho, lo dicho a medias, tal como rezan las frases *no tengo palabras, si yo hablase…* o la ponderativa ¡*lo nunca visto!* para significar lo extraordinario o lo insólito. Se suman las expresiones actuales, difundidas por los medios de comunicación, *ni…ni* y *ningunear.* La primera, aplicada con matiz negativo a los jóvenes aparentemente ociosos que ni estudian ni trabajan; y la segunda, como sinónimo de ignorar o casi despreciar al prójimo que no conviene tener en cuenta. La segunda forma queda recogida en el último diccionario de la R.A.E. A todos estos elementos léxicos bien podría llamárseles "vacuemas" por referirse a carencias, en contraste con los "pleremas", de significado pleno.

La vacuidad y lo vacuo son conceptos integrados en este amplio vocabulario. El caso del término *vacación* se interpreta como espacio de ocio, vacío de trabajo o actividad. Las palabras carencia, necesidad y derivados se suman a los referidos anteriormente como ejemplos con carga de ausencia. Así, estados carenciales de vitaminas, estar carente o necesitado de bienes… confirman también el concepto de lo ausente.

Otros casos vienen representados por el término *anónimo* para indicar el desconocimiento real del nombre o la ocultación intencionada en caso de avisos o cartas comprometidas; innombrable, para personas no gratas, cuyo nombre propio molesta pronunciar por desafección o rencor.

Otro caso corresponde a las ausencias o elipsis gramaticales como los sujetos o verbos elípticos que aligeran la frase, así como los

determinantes gramaticales cumplen también la función de evitar el nombre del sujeto u objeto al que se refiere el discurso; así, *alguno, ninguno, cualquier, todos, muchos…,* y los pronombres correspondientes.

Cita aparte merecen los puntos suspensivos, que en cualquier escrito ocultan o sustituyen una serie de términos que se dan por supuestos, evitando así el cansancio en las enumeraciones, o bien sirven a veces para hacer dudar o sorprender al lector. Parecido cometido tiene la voz *etcétera* (del latín *et* + *céterus* = el resto, lo demás*),* que suprime la parte del discurso que se supone conocida.

Asimismo, palabras como *pérdida* (*batallas perdidas, tiempo perdido)* o *nulidad (matrimonio nulo, este individuo es una nulidad),* indican también ausencia de éxito, de suerte, de oportunidades o carencia de validez, respectivamente.

Entre otros tantos casos que podrían sumarse a modo de frases lapidarias para resumir la ausencia, se puede recordar la fórmula popular de negación por excelencia: *no, nunca, jamás* que, con la fuerza de un aforismo, nos viene a decir que se trata de ignorar aquello que se está negando tan rotundamente.

Es posible, por otra parte, incluir en esta terminología las palabras *murmullo, cuchicheo* y derivados como formas características de la emisión de voz, cuyo significado está entre el secreto y la expresión manifiesta.

Las palabras de Sartre "Al interrogar estamos, en resumen, rodeados de *nada* (161*)* se pueden interpretar como que nos encontramos ante la ausencia de información, especialmente ante respuestas ambiguas del tipo de *sí, pero no, más o menos* o similares.

Recuerdo singular merece el tema clásico del *ubi sunt* (¿dónde están?), que quedó inmortalizado en la literatura española por Jorge Manrique en las "Coplas a la muerte de su padre" al preguntarse "dónde están" tantos seres y grandezas del pasado.

Podría calificarse con toda propiedad como la pregunta de las ausencias. En este mismo contexto de la trascendencia es ejemplar el magnífico soneto de Góngora, en el que la idea también clásica de aprovechar la vida y la juventud acaba con el drástico final que aguarda a todo ser humano, llegando a convertirse "en tierra, en humo, en polvo, en sombra, en nada". Este verso puede representar a la perfección la ausencia última, la ausencia de la vida (212*).*

Finalmente, el lenguaje referido a las diversas ausencias tiene su máximo exponente en "el silencio" frente al "lenguaje oral", conceptos ya tratados en la ponencia citada al principio; además, le siguen las horas vacías, los olvidos, los días desiertos, los secretos, las privaciones…, y

como refiere sabiamente Mercedes Salisachs la cultura de la ignorancia, es decir, "ese saber que únicamente admite desconocimientos"; o bien, cuando señala que "todo en nuestra existencia es siempre un tener para perder" que muy bien sería equiparable a la presencia y a la ausencia, respectivamente (Goodbye… 36, 42).

Como conclusión, puede afirmarse que el lenguaje de la *ausencia* constituye un campo amplio y rico para la investigación y pudiera calificarse como la "antimateria" del lenguaje por sus connotaciones de negación y es un interesante objeto de estudio para la Semiología, por abarcar un considerable número de *signos ausentes* frente a los *presentes;* y también para la Semántica, por sus ricos significados y el campo semántico de palabras que genera.

Una reflexión sobre lo que sería un mundo sin lenguaje nos evoca de nuevo al filósofo Cioran al decir que "El vacío del mundo corresponde al vacío de la palabra" (*Breviario*... 15).

BIBLIOGRAFÍA

Augé, M. *Los no lugares.* Barcelona: Gedisa, 2008.

Bally, Ch. *El lenguaje y la vida.* Buenos Aires: Losada, 1941.

Borges, J.L. *Poesía completa.* Barcelona: Lumen 2011.

Casares, J. *Diccionario ideológico de la lengua española.* Barcelona: Gustavo Gili, 1994.

Cioran, E.M. *Breviario de podredumbre.* Madrid: Punto de lectura, 1947.

--------- *La tentación de existir.* Madrid: Taurus, 2000.

Davis, F. *La comunicación no verbal.* Madrid: Alianza, 1980.

Díez, L. M. *La fuente de la edad.* Madrid: Alfaguara Hispánica, 1986.

Domínguez, A. *Limos del verbo (J. A, Valente).* Madrid: Verbum S.L, 2002.

Eco, U. *La estructura ausente.* Barcelona: Lumen, 1968.

-------- *Los límites de la interpretación.* Barcelona: Debolsillo, 2013.

Fernández de Moratín, L. *Obras completas y Epistolario de los Moratín.* Madrid:Cátedra, 2008.

Góngora, L. de. *Poesía lírica del Siglo de Oro.* Ed. De Elías L. Rives. Madrid: Cátedra, 1995.

Harding, D.E. *Vivir sin cabeza.* Barcelona: Kairós, 1994.

Hernández, C. *El significado de la ausencia.* En Actas del 32 Congreso de la AEP *(Español : uniendo culturas).* Valencia, 1997, págs. 109-117.

Hernández, Miguel. *Cancionero y Romancero de ausencias.* Madrid: Cátedra, 2008.

López Cruces, A. *Humoremas finiseculares.* Academia del Humor. Madrid, *1998*.

Machado, A. *Proverbios y Cantares.* Madrid: Vicens Vives S.A, 1998.

Mauriac, C. *La aliteratura contemporánea.* Madrid: Guadarrama, 1972.

Miró, G. *El humo dormido.* Madrid: Cátedra, 1978.

Moral, R del. *Enciclopedia de la novela española.* Barcelona: Planeta, 1999.

Neruda, P. *Veinte poemas de amor y una canción desesperada.* Barcelona: Seix Barral, 2002.

Pajón Mecloy, E. *Filosofía y ausencia.* ISBN digital: 978-84-92531-23-3. Madrid, 2010.

Pinilla, R. *El cementerio vacío.* Barcelona. Tusquets, 2013.

Quevedo, F. de. *Sonetos.* Madrid: Turner Libros, 1984.

Rivera, J. *Catálogo de exposición de pintura.* Casa Bardín. Alicante, 2012.

Salinas, P. *Poesía española contemporánea (1939-1980).* Selec. Fanny Rubio y José Falcó. Madrid: Alambra, 1996.

Salisachs, M. *El volumen de la ausencia.* Premio Ateneo de Sevilla, 1983.

--------- *Goodbye, España.* Madrid: M.R. Ediciones, 2009.

Sapir, E. *El lenguaje.* Madrid: Breviarios de Cultura Económica, 1981.

Sartre, J.P. *El Ser y la Nada.* Barcelona: Altaya, 1993.

Serrano, S. *La Semiótica.* Barcelona: Montesinos, 1981.

Smith, Keri. *Esto no es un libro.* Barcelona: Paidós, 2013.